

Límites del “analizar todo” en el niño y el fin de la cura¹

Michel Ody

DE LÍMITES

Si el análisis del adulto nos confronta, más que con la imposibilidad de “analizar todo”, con su inutilidad —estando lo útil más del lado de la adquisición de un funcionamiento autoanalítico, ante la permanencia de la actividad del inconciente—; el análisis de niños nos confronta con un límite suplementario, el de la elaboración de fantasías inconscientes. Esta elaboración no podría producirse sino en el encuadre de la cura de un adulto.

No se trata de que la interpretación de las fantasías inconscientes en general, es decir las que remiten a las fantasías originarias, no pueda darse en cualquier momento del desarrollo de una cura. Esas interpretaciones de lo que siempre ha sido inconciente tienen lugar como la única posibilidad de asignar coherencia a un movimiento, a un proceso. Por otra parte, esto ha sido precedido por un trabajo en el cual las interpretaciones e intervenciones se dirigían al preconciente, en todo caso al inconciente suficientemente próximo de este último.

El problema no se encuentra ahí. El niño posee un aparato psíquico en vías de organización. Su “flecha del tiempo” orienta esta organización hacia la constitución de la simbolización, de las sublimaciones, de los vínculos sociales. El “empuje” de este conjunto conduce al niño a alejarse de los contenidos sexuales más directamente ligados a las fantasías inconscientes, y esto

¹ Publicado en *Rev. Française de Psychanalyse*: 1994, 4.

ocurre precisamente por las elaboraciones simbólicas, sublimadas... Los avatares de estas elaboraciones conducen a las interpretaciones, eventualmente a aquellas que conciernen a las fantasías inconcientes. En general, en el niño, los contenidos asociativos que siguen a estas interpretaciones son rápidamente simbolizados, es decir que se alejan de los contenidos sexuales. Si, por el contrario, un niño se detiene un instante en lo que acaba de ser interpretado, sus asociaciones lo conducen a aquello que remite a sus teorías sexuales infantiles. En todo caso, es la cualidad de la simbolización así provocada lo que marca la integración, o no, de la interpretación.

A todo esto se añade al mismo tiempo la inmadurez psicosexual del niño. Para él, ser confrontado con ciertos contenidos interpretativos no hace más que hacerle sentir esa inmadurez, esa distancia entre el cuerpo de su analista y el suyo. Conocemos el riesgo de actuar, a través de ciertas interpretaciones que remiten a la fantasía originaria de seducción del niño por el adulto. Pero aquí el analista se encuentra con un niño real.

Teniendo en cuenta las consideraciones precedentes, el “analizar todo” en el niño se topa con un límite, lo que refuerza lo dicho respecto del adulto.

La finalidad de la cura de un niño, sobre todo cuando ésta se continúa hasta la adolescencia —como el caso que se presentará a continuación—, no es tanto haber “analizado todo”, como haber podido ayudar a ese niño a adquirir un cierto modo de funcionar. Las huellas de su experiencia le permitirán, si lleva a cabo un trabajo analítico siendo adulto, continuar esta empresa de manera diferente. Entonces podrá elaborar contenidos que anteriormente se encontraban fuera de su alcance.

LA CURA

Ilustraré estas ideas en la cura de Daniel, un niño al que traté durante siete años, entre sus 9 y sus 16 años, a razón de dos sesiones por semana y luego una, en los últimos años². La

² Una parte de este material ha servido, junto con otro, para ilustrar un punto de vista diferente pero complementario: el del insight en el niño (RFP, 3, 1994). Pero aquí nos internaremos más en los detalles de la cura.

situación tiene algún aspecto de modelo teórico ya que las sublimaciones cumplen aquí un papel importante. Por el contrario, debido al límite que evoca: la fantasía incestuosa sádica (y masoquista) y la homosexualidad inconciente (comenzando por la inducida transferencialmente) serán reservadas para un eventual "más tarde y en otro lugar". Ya veremos cómo.

LOS PRINCIPALES MOVIMIENTOS

Una enuresis secundaria había sido el punto de partida del trabajo de este niño conmigo. Esta cesó definitivamente alrededor de dos años más tarde.

Dos cosas deben subrayarse aquí en cuanto a la elaboración que participó en la cura de este síntoma. La primera, es la constatación repetida de que cada mejoría de la enuresis, incluso su aparente desaparición, se veía anulada tan pronto era significada. Así fue apareciendo progresivamente mi rol transferencial para el niño. A partir de ahí, segunda cosa a subrayar, se elaboró toda una simbología y una rememoración que tenían connotaciones uretrales: una mamadera de su niñez que él guardaba como juguete, con la cual una vez regó "alegremente" las paredes de su habitación; la evidente fluidez de su escritura; un sueño en el que él hacía desaparecer a los hermanos menores por el inodoro.

Al mismo tiempo, Daniel, excelente alumno, tenía la particularidad de no poseer casi ningún recuerdo ni rememoración sobre la sexualidad. Tenía, por el contrario, una epistemofilia y una actividad sublimada muy intensas. Además de su colección de premios escolares, poseía un interés científico sostenido que se fue orientando poco a poco hacia el área de la electrónica (familiar para el padre). Inevitablemente él hacía pensar en lo que Freud escribía en 1910 sobre Leonardo da Vinci, en donde "una parte de la pulsión sexual se sustrae a la represión, se sublima desde el origen en curiosidad intelectual".³

En todo caso, Daniel estaba interesado por el contraste lógico que yo notaba entre su epistemofilia en general, y su aparente ausencia de toda curiosidad sexual en particular. Del mismo modo, él estaba siempre atento a las deducciones que yo podía

³ S. Freud (1909), Recuerdos de infancia de Leonardo da Vinci, *A.E.*, 9.

proponerle a partir de sus asociaciones, deducciones que implicaban contenidos sexuales. Pero no iba mucho más lejos en ese plano. Tratándose de un proceso que se repetía, Daniel me dice al iniciar una sesión: “He vuelto a pensar en lo que usted me dijo, es cierto, no tengo ningún recuerdo sobre la sexualidad”.

Sin embargo, la elaboración se continuaba en su vida onírica. Mientras su enuresis cesaba, él tuvo un sueño de exploración simbólica del cuerpo materno (detallado interior de una casa). Pero esta exploración en el sueño no terminaba, lo que fue entendido como un contrapunto del cese de su síntoma. Sin embargo no le fue posible elaborar que ese sueño, anticipatorio en su propio funcionamiento, marcaba simultáneamente en el *après-coup* la connotación incestuosa del síntoma. Al mismo tiempo, para la elaboración inconciente, la “vía regia” del sueño testimoniaba por momentos que el proceso continuaba.

De esta forma, alrededor de un año después del cese de su enuresis, tuvo un sueño en el cual, al meter el dedo en el objetivo de la cámara fotográfica de su madre, su dedo era mordido. Daniel estuvo nuevamente “interesado” por el contenido sexual deducible, pero sus asociaciones se alejaron una vez más de esta dirección. Por otro lado este tipo de ejemplo, por el contenido sexual simbolizado, sadomasoquista incestuoso, me hizo pensar en aquello que me parecía de difícil abordaje aún en un análisis de adulto.

Cerca de dos meses más tarde, con un nuevo sueño, surgió una etapa suplementaria. La cámara fotográfica se había convertido en un aparato de video, y un ladrón de 14 años quería llevárselo. Daniel lo enfrentaba pero no podía con él, ya que unos “tipos forzudos” llegaban a ayudar al ladrón. Al mismo tiempo, este sueño triangular era el testimonio del trayecto de Daniel hacia la adolescencia mental, teniendo ya él por entonces 11 años y medio.

Para las lógicas “laterales” y simbolizantes, la fantasía inconciente de penetración sádica se manifestó una vez más. De hecho, Daniel tuvo una especie de nuevo síntoma: el miedo a dañar el software de su computadora mediante una maniobra incorrecta. La elaboración de este síntoma le hizo decir en un momento, gracias al trabajo de asociación que le propuse: “Ya veo, la computadora sería como la cámara fotográfica de mi mamá”. El síntoma disminuyó claramente, para desaparecer algunos meses

más tarde, al volver Daniel de las vacaciones de verano, más alejado ya de la pubertad.

En efecto, en ese momento Daniel, de 13 años de edad, cambió físicamente, pero no dijo nada al respecto; retomó la última sesión previa a las vacaciones en la que el tema fue su computadora. Yo le subrayo el contraste, que él confirma un poco turbado, lo cual me permite relacionar ese movimiento con el sueño anunciador de la adolescencia (sueño del aparato de video). Reacción inmediata y humorística de Daniel: “¡Oh, la adolescencia, el crimen, la delincuencia!...”. En la sesión siguiente me anunció que ya había desaparecido el miedo a su computadora.

No me voy a detener en los signos de la evolución de Daniel, tales como la posibilidad de hacerse de amigos, cuando antes era más bien solitario, su autonomía con respecto a la familia, el incremento de sus actividades de placer, etc. En cuanto a las chicas, Daniel está interesado... lógicamente. Pero en los hechos, tal como me lo dirá: “Será para más tarde”.

Su evolución continuó sin la aparición de un nuevo síntoma, el año escolar finalizó, y justo antes de las vacaciones de verano (estaba por cumplir 14 años), se preguntó por primera vez acerca del fin de su tratamiento. Lo pensaría durante las vacaciones. Transcurrió un poco más de dos años desde este primer interrogante hasta el final del tratamiento.

Ahora hablaremos de este período, a partir de la articulación que se produce entre el límite del “analizar todo”, y la dinámica del fin de la cura de un niño que deviene adolescente.

LOS LIMITES Y EL FIN DE LA CURA

Este primer interrogante que Daniel se hizo hacia el final de su cura, había sido el desenlace de una breve reactivación sintomática, a raíz de un movimiento de autonomía con respecto a mí.

En efecto, en el mes de mayo anterior a las vacaciones de verano mencionadas, él había preferido no reemplazar dos sesiones que correspondían a días feriados. Ahora bien, en la siguiente sesión Daniel fue nuevamente presa del miedo a la computadora, aunque “sólo en pensamiento” precisó. La relación que propuse entre este síntoma a nivel del pensamiento, y lo que traduje como deseo de autonomía respecto a las dos sesiones no reemplazadas, hizo decir a Daniel lo siguiente: “No había pensado en eso, debe

ser inconciente”. En lo que respecta a la separación, yo agregaría que justo antes de las vacaciones, él tuvo un sueño en el cual disparaba alegremente sobre un grupo de profesores con un revólver. “De todas formas” él iba a delatarse (Oh, la adolescencia, el crimen...). Fue entonces cuando surgió su primer interrogante sobre el fin de su tratamiento.

A la vuelta de las vacaciones no hablará más del tema. Sin embargo, luego de varias consideraciones acerca del cambio, retoma la cuestión de la famosa computadora. Entonces me dice que ya no le tiene miedo y se pregunta por qué. Es el momento de decirle que ese tipo de interrogantes implicaría continuar algún tiempo con las sesiones, contrariamente a la idea que tenía de terminar. No se refirió más a ese tema.

Esto hace que Daniel –al retomar el tema de las sesiones no reemplazadas– comente que al volver de las vacaciones, tenía el propósito de hablarme al inicio de cada sesión de su proyecto de terminar el tratamiento, pero curiosamente durante la sesión no se le ocurría decirlo. Este pensamiento latente condujo a otro: si interrumpía, ¿no reaparecería el miedo a la computadora? El se dio cuenta entonces que se trataba del mismo proceso que involucraba el cese de su enuresis, incluyendo una eventual reanudación de la misma.

El análisis de los pensamientos latentes mantenidos fuera de sesión, tuvo un interés suplementario al introducir otros que también habían permanecido afuera, esta vez relativos al pasado de su tratamiento. Se trataba de fantasías en las que él construía imperios, ciudades, especialmente submarinas. Nada de Alejandro el Grande, él quería imperios para él sólo, para su tranquilidad, residiendo el placer en el hecho de construir, de inventar mecanismos. Había “inventado”, por ejemplo, lo que mucho más tarde llamó “ósmosis invertida”, que consistía en hacer una membrana cuyos orificios microscópicos dejaran pasar únicamente las moléculas de agua del mar, y retuvieran las de la sal.

Al crecer Daniel, el contenido grandioso de sus fantasías disminuyó. Imaginaba por ejemplo que era un navegante solitario. Pero se trataba ante todo de perfeccionar, en todos los registros, aún los más sofisticados, lo que un tal barco pudiese necesitar, utilizar para sus hazañas, para su confort, su seguridad. La electrónica era la elegida.

Daniel se dio cuenta que esa atracción particular –que hubiera

podido convertirse en pensamiento obsesivo—, tenía alguna función vinculada a las relaciones de las cuales él se protegía de esta manera.

Como a menudo había ocurrido, una expresión polisémica permitió avanzar. Daniel, en esa época muy compenetrado con su trabajo (tenía 14 años y medio), en una sesión donde no abundaban las asociaciones, hizo referencia a las ciencias naturales y, como por casualidad, habló del corazón. El tema era únicamente la anatomía, y evidentemente él sabía de lo que hablaba desde el principio. Le hice notar que ya había hablado del corazón de otra manera, en sesiones anteriores. El entendió inmediatamente: "¡el amor!", y se embarcó en consideraciones "elevadas" comparando el amor-pasión de Racine y el amor-razón de Corneille. A esto siguió sin embargo el recuerdo de un reproche divertido que le dirigió un amigo: "¡un corazón de piedra metido en el cerebro!". Durante un momento se defendió, y luego, al recordarle su pasado en el que a veces se encontraba aislado y sufriente, le pregunté si tener "un corazón de piedra" y "metido en el cerebro" no significaba asegurarse una protección contra los sentimientos. Daniel me habló entonces "de verdad" al decirme que, si expresara fácilmente sus sentimientos tendría miedo, sin duda, de no poder controlarlos (aquí también debía haber una referencia uretral).

Sin embargo, las sesiones siguientes no fueron mucho más lejos en esta dirección. Puedo decir incluso que cuando se hizo referencia a las emociones sexuales nacidas en un cuerpo ya adolescente, Daniel nunca se explayó más allá de afirmar que eso no le molestaba, que lo llevaba bien, que sus intereses principales estaban en otra parte. De insistir, corría el riesgo de encontrarme en una posición de seductor y agitar una homosexualidad profundamente inconciente, aunque determinante, pero totalmente inabordable desde mi punto de vista. Un nuevo límite al "analizar todo".

A partir de ahí el ritmo se volvió más desexualizado. Nos encontrábamos en una suerte de velocidad de crucero (en cuanto a la navegación, que en este caso no era solitaria). Daniel me hablaba de sus intereses, sus descubrimientos, sus invenciones, etc. El me contaba, o me engañaba. Evidentemente el seductor potencial había sido seducido; no me aburría jamás. Las mil y una noches...

El "crucero" era tal que yo me desperté *in extremis* en el

transcurso de las dos últimas sesiones anteriores a las vacaciones de verano —momento en el que él cumplía 16 años—, período en el cual habían surgido sus dudas sobre el fin de la cura. Sin embargo, no se había hablado más del tema durante todo ese año. Mi observación sobre ese olvido aparente lo condujo progresivamente a hacerme partícipe de un pensamiento latente. Me confió entonces una reflexión que venía manteniendo desde hacía un tiempo (fuera de sesión...). Este año todo había salido bien, entonces podía terminar. Más aún, luego de esta especie de verificación, de puesta a prueba, me dijo como para convencerme, preconcientemente, que a veces mientras caminaba se daba cuenta que tenía “un Dr. Ody en la cabeza”, al cual le hablaba como en las sesiones. Finalmente él había pensado que el momento de terminar no debía necesariamente coincidir con las vacaciones, y que podríamos tener unas sesiones más. Luego fijó la fecha al término de las vacaciones de Navidad.

Al terminar el verano, contento con sus vacaciones, Daniel retoma el relato de sus intereses hasta que un día me dice que no encuentra el nombre de un juego muy simple que él programó. Pero entonces, *lux fiat*: ¡ta-te-ti!⁴ Ante este retorno polisémico, vacilo y recuerdo lejanos ejemplos análogos. Le comunico mi idea y responde que no conocía el significado sexual de la palabra.

Es una ocasión para él de volver al tema de la sexualidad, de reubicarse. Eso sigue sin ser un problema para él, más tarde se ocupará. Por otra parte, percibió que algunos compañeros suyos que hace dos años estaban más bien agitados en ese plano, se muestran ahora mucho más calmados.

Todo esto tiene eco en las sesiones siguientes, cuando él comprueba que tiene dos pensamientos simultáneos: computadora y sexualidad. Le digo que es tal vez una manera de establecer una relación entre las dos, y él asocia diciendo que compañeros suyos evitan usar demasiado la computadora porque “impide trabajar”. Este equivalente masturbatorio no tiene lugar en lo que a él concierne. Entonces le surge una idea: “¡La computadora reemplaza a la sexualidad!”. Sorprendido por ese “destino de pulsión” agrega: “Sería un problema si la reemplazara”.

Tiempo después se olvida de esta sesión, y se sorprende al

⁴ En francés, “morpion” tiene dos acepciones: el juego ta-te-ti y la ladilla (parásito del vello pubiano). (N. del T.)

darse cuenta de esto en la víspera de la siguiente. Daniel entiende que ese acto fallido se inscribe en el proceso del fin de la cura. Incluso dirá: "intento exitoso", comparando espontáneamente esta situación con la de hace dos años y medio, cuando él había temido la reincidencia de un síntoma luego de las sesiones voluntariamente no reemplazadas. Es entonces cuando Daniel fija el término de nuestro trabajo en las vacaciones de Navidad. Me muestra que esas vacaciones, que en general le gustan, van a atenuar la separación.

Es para mí el momento de volver a hablar de la expresión de sus sentimientos (el "corazón de piedra"). Está conmovido, y al hablar de sus relaciones amistosas evoca a los amigos del verano en relación a nuestra separación.

LAS DOS ULTIMAS SESIONES

Para "terminar" me voy a referir a las dos últimas sesiones.

Ya en la primera habla de un conflicto con su hermano menor (la antítesis de él) a propósito de su abuela. Animado, Daniel la defiende. Le señalo que en ese momento él no tiene un "corazón de piedra". Se sorprende y confirma con una sonrisa, mientras se refiere al control de sentimientos ya sugeridos.

Silencio. Un poco excitado por la cercanía del final, retomo la palabra y le recuerdo aquella otra protección: las fantasías alrededor de la construcción de imperios, de ciudades. Daniel se relaja y me dice que se ha vuelto "más realista", incluso en la navegación solitaria, agrega.

Progresivamente llegamos al hecho siguiente: en todo lo que él construye, imagina, inventa, no corre el riesgo de tener un encuentro muy prolongado, ya que desde el origen de la humanidad el perfeccionamiento de las técnicas y de los conocimientos es continuo.

Daniel replica de inmediato que es justamente eso lo que irrita a su madre en el asunto de la televisión; ocupado como está en perfeccionar el sistema de recepción, su madre no puede mirar el programa que espera...

Yo me encuentro, *in extremis*, en una situación análoga a aquella del ta-te-ti. Pienso en el sueño del aparato fotográfico de su madre, en el aparato de video, y se lo comento.

Daniel está totalmente intrigado, ha reprimido sus recuerdos y

me confirma que últimamente no se ha hablado de sus sueños, pues no los recuerda.

Pero una vez (re)establecidos los lazos, le muestro que sus perfeccionamientos técnicos quizás tienen por función evitarle encontrarse en una situación análoga a aquella del sueño del aparato fotográfico, aproximación que, a través de su madre, implica la diferencia de sexos, la sexualidad.

“¡Ah, esto ya es demasiado!” me dice Daniel sorprendido, divertido, inquieto.

Última sesión. Antes de las vacaciones un desperfecto en el subterráneo le había hecho perder la sesión, y le propuse reemplazarla a su regreso.

Daniel me dice que disfrutó las vacaciones aunque un nuevo conflicto surgió entre él y su hermano, y su madre tomó partido por este último; luego agrega: “fue demasiado”, y yo: “¡Ah, eso ya era demasiado!”. El no se acordaba, pero yo tenía muy presente la última sesión.

Daniel vuelve a los problemas con su hermano, quien según él no deja en paz a su hermana. “¿Por qué es una niña?”, “Puede ser”, me responde. A propósito de “esto es demasiado”, le recuerdo que el sueño de la cámara fotográfica también se trataba de la diferencia de sexos. “Yo me hacía morder el dedo por el diafragma” (*sic*). Yo: “Puede ser una situación simbólica de la sexualidad”. El confirma intelectualmente, e irresistiblemente vuelve al tema del hermano.

La última sesión... Yo espero, los minutos pasan. Mi “última carta”; no importa, “va a ser demasiado”. Le digo que él tal vez piensa que “arrancar” con el tema de la sexualidad no tendría lugar en esta última sesión, prefiriendo hablar de su hermano (sea cual sea aquí la dimensión homosexual). El confirma; yo agrego entonces que esta sexualidad de la cual le hablé a raíz de su sueño, es como aquella que puede aprehender un niño para quien su primera mujer es su madre, una sexualidad riesgosa. “¡Ah, la mujer trampa;” dice Daniel riendo. ¡En fin!

La sesión termina. Daniel sabe que su trabajo proseguirá y que si algún día desea volver a verme, aunque no sea más que para orientarse, de seguro podrá hacerlo.

¡Ah!, analizar todo...

Traducido por Marina Calabrese.

LIMITES DEL "ANALIZAR TODO"

Descriptores: Fin de análisis. Psicoanálisis de niños. Sexualidad infantil.

Michel Ody
72, rue Bonaparte
75006 Paris
France